

EL ESPEJO
OPACO

A



EL ESPEJO
OPACO

Valeria Beruto

Beruto, Valeria

El espejo opaco / Valeria Beruto. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2020.

224 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1105-5

1. Novelas. 2. Literatura Contemporánea. 3. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

El espejo opaco

© Valeria Beruto, 2020

1ª edición: septiembre de 2020

ISBN 978-950-02-1105-5

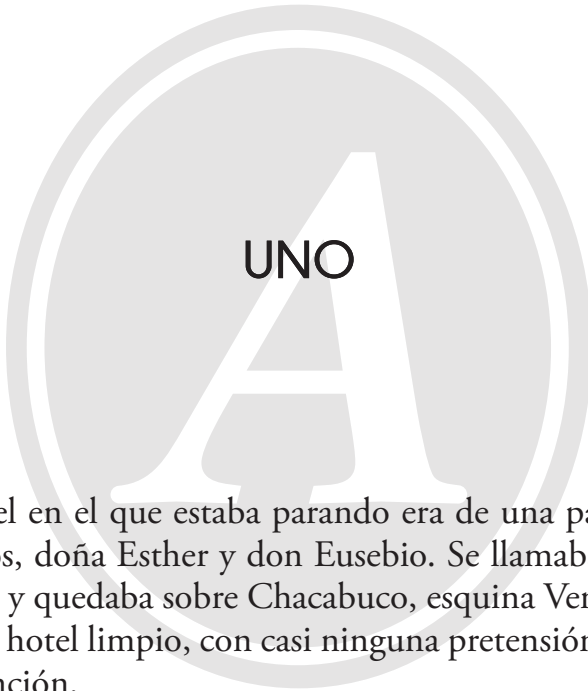
Impreso en Talleres Trama,
Pasaje Garro 3160,
ciudad de Buenos Aires,
en septiembre de 2020.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Para Manuel



NOS VAN A CAMBIAR LA CARA, LA VOZ Y EL PELO;
LO ÚNICO QUE NOS VA A QUEDAR ES EL NOMBRE.



El hotel en el que estaba parando era de una pareja de gallegos, doña Esther y don Eusebio. Se llamaba Hotel Miami y quedaba sobre Chacabuco, esquina Venezuela. Era un hotel limpio, con casi ninguna pretensión y buena atención.

No era para nada conveniente que doña Esther lo viera vestido de pies a cabeza así, como un tenista francés. Recordó haber dejado la puerta que daba al balcón sin cerrar; entonces, en lugar de entrar por la entrada principal, se animó a escalar hasta el segundo piso por el pulmón de manzana, al que accedió por una callejuela.

Vestido de punta en blanco, buscó dónde apoyar sus pies en cada movimiento y cómo aferrarse con sus manos a los promontorios imperceptibles de la pared. Mientras trepaba, maldiciendo su suerte, pensó en lo bien que había hecho en consagrar su vida al apacible devenir de un laboratorio de física y en cuánto deseaba restablecer ese orden.

Ni bien puso los pies en el piso del balcón sintió que algo había cambiado en él. Miró hacia abajo y calculó que había trepado unos siete u ocho metros. Respiró hondo y miró la línea que separaba la ciudad del cielo, algo difusa por el velo negro de carbón que sobrenadaba en el horizonte. No le costó nada fantasear unos segundos con que de su cuello crecía una capa azul de Batman.

Sacudió de su cabeza esas ensoñaciones, entró en su habitación y se vistió de Torcuato Solás, un hombre como cualquier otro.

Mientras se ponía un pantalón pinzado, se sintió un poco ajeno. Las preguntas lo increparon, como si hubieran estado agazapadas a la espera de poder indagarlo. ¿Estaría realmente vivo? ¿O solo divagaba en estertores de la vida yendo a ese lugar del que nadie tiene precisiones? Cuestionar estas extrañas reglas a las que había sido sometido apenas unas horas antes era una posibilidad que lo dejaba en escenarios ciertamente peores.

El cuerpo le quedaba raro. No había tenido mucho tiempo para tomarlo en cuenta, pero sin duda la escalada por los balcones del hotel tenía más que ver con su dueño anterior que con el presente. Había habido

algo de ayuda en encontrar el cuerpo indicado, más allá del rastreador, y sintió cierto rechazo al notar que alguien tan parecido a él se moviera en la misma ciudad.

Doppelgänger, pensó.

Todo parecía indicar que empeñar su palabra en la burocracia celestial había sido una buena decisión y, fuese cual fuere el desenlace, cumpliría el plan estipulado al pie de la letra.

El ruido de un reloj de pared con péndulo lo sacó de la abstracción y lo devolvió al tiempo real, por irónico que pareciera tal cosa como un tiempo real.

Bajó por las escaleras y se encontró con doña Esther, que estaba recolectando los chismes vespertinos.

—¡Profesor Solás! Me tenía preocupada —lanzó la gallega pestañeando un poco más de lo habitual—. Y no solo a mí: lo llamó su novia de Bariloche ayer —continuó mientras lo analizaba en busca de evidencia—. No se preocupe, que yo me sé guardar muy bien los secretillos y no he dicho palabra. —Acompañó esta oración cerrando sus labios con los dedos como si fueran un cierre relámpago—. Solo me he limitado a tomar el recado.

—Muchas gracias, doña Esther. Estamos en lo más arduo de la negociación y no es raro que me tenga que quedar a pasar la noche en la Comisión ultimando detalles.

La declaración había sido tan convincente que hasta él mismo la creyó. Notó que doña Esther se desinflaba un poco, como si las especulaciones que salieron de su cuerpo la hubieran dejado vacía.

Sin dar tiempo a que la gallega acotara o preguntara, y a riesgo de resultar algo descortés, se esfumó.

Si llegaba antes de las seis a la Comisión, podía salvar las horas de ausencia, así que tomó el subte línea D hasta la estación final, Palermo. Bajó apurado, como todos los demás pasajeros, que iban metidos en sus temas con caras más o menos contrariadas. De no haber sido porque tuvo que atarse los cordones —por eso se corrió hacia un costado—, no habría visto el mural de mayólicas que adornaba la estación. No tenía por costumbre reparar en la decoración de las estaciones; la mayoría tenía motivos nacionalistas que por alguna razón un poco lo fastidiaban. Esta vez reparó en los cerámicos brillantes de un paisaje español en el que se veía a una mujer vestida de blanco con una túnica y la cabeza cubierta, de espaldas, mirando veleros en una bahía, probablemente partiendo. Le llamó la atención la notoria desproporción entre los veleros y el resto de la escena. Los veleros eran mucho más grandes que las casas, eran infantilmente grandes. La mujer los miraba con una mano levantada y, apoyada en un arco de medio punto, parecía despedirlos. Pero al detenerse en la mujer notó algo perturbador: la mujer no miraba a los veleros, la mujer miraba la pared, que estaba a unos pocos centímetros de su cara. Arriba a la derecha se alcanzaba a ver una fortificación. Torcuato miró la escena una vez más y trató de entenderla toda: los veleros gigantes, la mujer de blanco, la despedida y el encierro. Había algo poderoso que lo recorrió y lo estremeció, tanto que se sintió abrumado y decidió salir rápido, dando saltos por las escaleras, a tomar aire. El resto del trayecto lo hizo en colectivo.

En la oficina prácticamente no habían notado su ausencia. Tal vez pensaron que estaba en reuniones en Palermo o algo así. Lo que sí notaron de inmediato fue el bigote anchoíta.

—Mírenlo: de rata de laboratorio a *dandy* de la gran ciudad sin escalas —opinó un compañero.

Cuando se hicieron las siete y casi todos se habían ido, fue al baño con el bolso de mano que se trajera desde el Hotel Miami. Claro que lo había planeado todo. Era necesario aparecer por lo de Beláusteguy esa misma noche.

Al salir, solo se cruzó con un muchacho de seguridad en la entrada de la Comisión que no lo reconoció en su versión Lacoste. Como presintió que lo iba a parar para averiguar su identidad, se anticipó:

—Buenas —y ante la mirada reticente agregó—: ¿Qué pasa? ¿No puedo empilcharme pituco?

—¡Profesor Solás! No lo había reconocido. ¡Pero qué pinta! No me diga que anda picoteando algo exquisito por el barrio...

Le guiñó el ojo tipo Clark Gable y salió dando algunos saltos por la escalera. Por más hombre de ciencia que fuera, albergaba ciertas fantasías de galán.

Sin embargo, el desliz con el hombre de seguridad lo dejó pensando. ¿A quién podría convencer de que ahora él era ese? Se tranquilizó pensando que aquel incidente sería producto de un sesgo de la profesión, estos tipos que trabajan en seguridad se pasan el día registrando caras. En cambio, con sus compañeros de trabajo, los comentarios no habían pasado de la sospecha de que

andaba con algún negocio nuevo. La verdad es que no hacía mucho tiempo que estaba en esa oficina y no compartía demasiada tarea con ellos, que en su mayoría eran administrativos.

De lejos distinguió el fileteado amarillo, rojo y negro del 60. Como de costumbre, venía lleno; no le quedó otra que acomodarse detrás del chofer. Se distrajo un poco mirando el babero de paño rojo y letras bordadas de color dorado que colgaba por arriba del espejo delantero. Los flecos copiaban el vaivén del colectivo en un ejercicio de hipnosis.

Se bajó en Las Heras y Callao. Caminó sin demasiada prisa hasta la dirección que figuraba en la libreta y aprontó el llavero que había encontrado en el bolso de Beláusteguy. La primavera de noche le resultaba tan agradable que a veces lo abrumaba. Buenos Aires tenía eso: el perfume de las flores mezclado con algo de hollín. Ni bien puso la llave en la cerradura de la puerta principal de la casa, apareció un ama de llaves con los ojos a punto de ser eyectados de sus órbitas.

—¡Señor Beláusteguy! —se persignaba una y otra vez la señora de delantal blanco y vestido negro—. ¡Por favor! ¿Dónde estuvo? Estábamos desesperados.

Detrás del ama de llaves, que se llamaba Inocencia y sobreactuaba su nombre, se acercó lentamente una mujer joven con una seguridad arrolladora. Inocencia no dudó en pasarle la posta a la mujer para que continuara con el escarmiento.

—Charlie, querido, a vos habría que mandarte el Quinto Regimiento de Granaderos a Caballo para

pararte —mientras decía esto, casi despojada de emociones, meneaba la cabeza para expresar una resignación pactada desde el principio.

—Señor Beláusteguy: no sabe lo preocupadas que estábamos la señorita Concepción y yo. No quisimos alarmar a nadie en la estancia, así que ellos no saben nada. Estábamos por dar parte a la policía; qué suerte que ha llegado justo a tiempo.

Desde el *hall* de entrada una escalera de roble de Eslavonia crecía hasta el primer piso, en el que una araña de miles de caireles jugaba con la luz. Inocencia, parada ahí con su devoción y su uniforme impecables. Concepción, plantada con su pantalón de seda amplio y la camisa apenas translúcida.

Torcuato cambió su forma de pararse y la expresión en su cara: se irguió, echó los hombros hacia atrás, puso una mano en el bolsillo del pantalón y arqueó sus cejas en una posición nunca antes ensayada. Improvisó un encanto y una naturalidad que con el paso de los días se volverían agotadores para él.

Durante la comida trató de hablar lo menos posible. Concepción conversó sobre gente absolutamente desconocida para él en cuanto a viajes, comidas a beneficio y galas en el Teatro Colón. También notó que la ropa a Torcuato le quedaba holgada y que estaba pálido. Le acomodó el pelo a la manera que Beláusteguy lo usaría o, más probablemente, como seguro a ella le gustaba. Aprovechó para echarle en cara que el semblante que tenía se debía a sus múltiples actividades, combinadas con una intensa vida nocturna.

—Aunque tus ojos están distintos —observó sin poder dar detalles.

Después de un rato de conversación casi agradable, de la nada le clavó una mirada de rapiña y sentenció:

—Charlie, cielo, sabés que puedo convivir con mis sucursales, pero nunca más te atrevas a jugar el juego de la indiscreción. Primero yo. Lo que cae de la mesa, para las demás; en clandestino. —Siguió comiendo.

A Torcuato la comida le quedó anclada en el esófago. La distancia que existía entre esta arpía y su Ana Laura se medía en unidades astronómicas.

